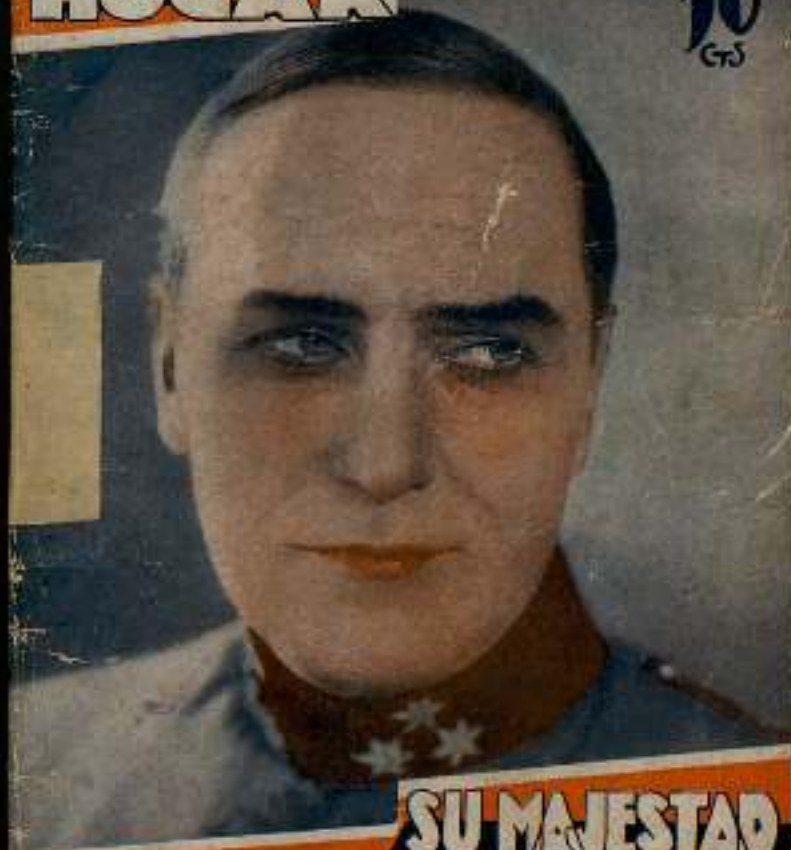


LA NOVELA CINEMATOGRAFICA  
DEL  
**HOGAR**

14  
**30**  
Gr5



HARRY LIEBKE  
EDDA CROY

**SU MAJESTAD  
EL AMOR**

EDICIONES DISTANCE



WIENE, Robert

**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

Publicación mensual de películas selectas

DIRECTOR:

Año I Francisco-María Blázquez Núm. 14

*Die Geliebte, 1927*

**\* Su Majestad El Amor**

Interesante asunto, interpretado por  
Harry Liedtke, Edda Croy, etc.  
y Hans Junkermann, Adele  
Sandrock, Hedwig von Wintersheim  
Eugen Burg

Exclusiva del

**Programa Arajol**

Aragón, 225

BARCELONA

PORTAL-REGALO: JOHN MAC BROWN

EDICIONES DISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

*\*Screen "Seria" Germany: 4/18; 174. 219, 221*

*y Dictionnaire du Cinem. Universel, de  
René Jeanne et Charles Ford (Ver, Robert  
Wiene, Pojine 693)*



---

---

## Su Majestad El Amor

*Argumento de la película*

---

No por íntima y callada es menos espantosa que otra tragedia el derrumbamiento social de una familia.

Acosados por la adversidad los condes de Ziska y su hija Ana se vieron obligados a abandonar la mansión de sus antepasados. Y para ocultar su ruina se fueron a uno de los más apartados barrios de la lejana ciudad.

La curiosidad humana no respeta ni el dolor ajeno, y así todos los vecinos de la modesta casa de vecindad que ahora iban a habitar los condes, hicieron sabrosos co-

mentarios sobre aquella gente que tenía un matiz aristocrático, superior.

Fué para los nobles arruinados una profunda pena el tener que habitar aquel pisito humilde, insignificante, ellos, avezados a un hermoso castillo, a todos los refinamientos y comodidades de los millonarios. Y en unos meses todo perdido; reveses de fortuna dejaron en la mayor miseria a aquella familia de tan rancia estirpe.

Ana, la bella condesita, hermosa y juvenil, intentó consolar a sus padres con amables palabras. Procuraría trabajar, en alguna cosa iba a emplearse para ganar dinero. Y acariciaba a su hermoso perro "Chisky", un precioso animal que había podido conseguir llevarse de la casa deshecha por los acreedores.

La portera oyó quejarse a Ana, y lengua de avispa fué luego a chismorrear con las demás vecinas, gente nacida plebeya y más plebeya aún por su alma.

—¡Pues no dice la joven que va a echar de menos su castillo!... ¿No serán castillos... en el aire?

—Le está bien a esa gente orgullosa que le pase esas desgracias—dijo una de las vecinas.

Y no sintieron la menor compasión por aquella familia venida a menos, aureolada por la suprema dignidad de una ruina soportada con entereza.

Al día siguiente, Ana se dedicó a buscar empleo, y una semana después recibía una contestación.

*Señorita Ana Ziska: En respuesta a su solicitud para ocupar la plaza de señorita de compañía, ruego a usted se pase por casa de la señora baronesa, calle de Augusto, 6.*

*De usted atento,*

*R. Müller*

Ana, acompañada de su hermoso perro, se dirigió a aquella dirección situada en la parte céntrica de la ciudad.

A la misma hora, el joven archiduque Juan paseaba nerviosamente por su palacio, preocupado por un asunto de amor... Por primera vez era víctima de una contrariedad. No podía encontrar a una mu-

jer a la que un día había visto por breves momentos en la calle y de la que se sentía enamorado.

Esta mujer era precisamente Ana Ziska. Pero el archiduque ignoraba quién era, pues le desapareció misteriosamente entre la concurrencia que llenaba una de las avenidas céntricas en una mañana de domingo.

Llamaron en aquel instante al teléfono. Era el ayudante de campo de Su Alteza.

—Acabo de ver a vuestra bella desconocida, señor...

—¿Dónde?... ¡Pronto!

—Va por la Gran Avenida acompañada de un enorme perro.

—Siguela y no la pierdas de vista, que yo estoy allí antes de un minuto.

Salió a la calle subiendo a su automóvil particular.

Minutos después llegaba a la Gran Avenida y se apeaba ante su ayudante que a una distancia de unos diez metros seguía a la preciosa muchacha.

El archiduque, sin temor al formidable perro guardián de la doncella, se acer-



có a ella y comenzó a piropearla con todas las frases de madrigal aprendidas en su vida para casos semejantes. Pero a ella no sólo no parecieron agradarle esas manifestaciones sino que aceleró el paso, rogando más de una vez al joven militar que la dejara.

—¡No puede ser!... Es usted tan bonita que merece que la acompañe todo el camino.

—¿Quiere retirarse? Me está usted comprometiendo.

—¡No!

Ana enarboló un látigo que tenía entre manos... Parecía dispuesta a esgrimirlo contra el oficial si éste se propasaba en lo más mínimo.

Ante aquella falta de cordialidad, el archiduque Juan optó por retroceder unos metros y siguió a Ana a pocos pasos de distancia, tributándole escolta... Detrás iba el ayudante de campo, elegante sujeto que gozaba extraordinariamente con las aventuras de los demás.

Ana llegó ante la casa de la baronesa. Franqueó la verja de un pequeño jardín y

no pareciéndole conveniente entrar en la casa con el perro, dejó a éste junto a la puerta, advirtiéndole cariñosamente que no se moviera.

El animal movió las orejas como comprendiendo el deseo de su ama y echóse tranquilamente sobre el césped del jardín.

Juan y su ayudante vieron como la joven entraba en aquella casa. Seguramente que no era la suya, por cuanto había mirado el número del edificio. ¿Estaría allí por mucho tiempo?

Cansado de esperar, el archiduque ideó un plan y lo comunicó riendo a su ayudante:

—En amor todos los ardides son lícitos... Ya verás cómo averiguo dónde vive.

—¿Por qué no espera y la sigue luego?

—A lo mejor se escapa como aquella otra vez. Tengo un remedio más eficaz y seguro.

Y franqueando la verja, acarició al enorme perro y tirando de la correa, se lo llevó de allí.

La bestia, dócil y noble, amansada por

las caricias del joven, le siguió sin la menor protesta, a un automóvil.

Y el archiduque regresó a su palacio llevándose al bello animal que iba a servirle de rehén.

\* \* \*

Cuando Ana salió de casa la baronesa, satisfecha porque esta gran dama la había aceptado como señora de compañía, se encontró con la desagradable sorpresa de que el can había desaparecido.

Buscó, indagó por los contornos. Nadie supo darle razón... Y llorando amargamente volvió al humilde pisito comunicando a sus padres la nueva desgracia con que el destino la afligía.

—¡Cálmate!—le dijo el conde—. Te lo hayan robado o se te haya perdido, poniendo un anuncio, mañana lo tienes aquí.

—Tienes razón, papá... Ojalá me lo devuelvan.

Redactó, llena de esperanza, el anun-

cio, y al día siguiente pudo leerlo en el periódico de mayor circulación de la ciudad.

### PERDIDA

*Petto polar. Atiende por "Chisky". Se gratificará su devolución en la calle del Oeste, 8.*

Aquel anuncio fué leído naturalmente por el archiduque que frótose las manos ante el éxito de su estratagema.

¡Maravilloso! ¡Calle del Oeste! ¡Ya sabía dónde vivía!

Iba ya a marchar con el petto, cuando apareció el viejo profesor del coronel, quien le advirtió, cariñoso:

—Señor, vuestra abuela la señora archiduquesa os espera esta noche para cenar.

—¡Ah, bien!

—No dejaréis de ir, ¿verdad?

—Si no tengo otras cosas que hacer, naturalmente...

Y con escasos propósitos de asistir a la invitación de la anciana, se dirigió a la casa de la dueña del petto polar.



¡En barrio muy pobre vivía! ¡Y en una casa humilde, de habitaciones modestas, llenas de un gentío abigarrado!

Subió al último piso llamando con los nudillos a una puerta.

Una mujer le franqueó la entrada. ¡Ella, la desconocida!... Sonriente se inclinó ante la que era diosa de sus pensamientos.

—¿Usted aquí?—dijo la joven, sin comprender.

—Venía a traerle este perro perdido...

—¡Mi "Chisky"!—

Le llenó de besos frenéticos, a los que el animal quería corresponder lamiendo las manos amadas de la dueña.

Pasado su transporte de júbilo, Ana miró a aquel muchacho que llevaba traje de oficial, y creyó adivinar todo el misterio de la pérdida del can.

—¡Es usted muy listo!—le dijo, airada—Usted lo que ha hecho es robarme ayer este perro para poder llegar hasta mí.

—¡Cierto!... ¡He sido ladrón por usted!

—Me ha hecho usted pasar unas horas dolorosas.

—Perdone... Me tenía que valer de todos los medios para saber dónde vivía.

—No debía a usted interesarle.

—¡Mucho!

Aparecieron los padres de Ana y el oficial les mostró el perro indicándoles que lo había encontrado abandonado en la calle y que ahora al leer el anuncio se apresuraba a devolvérselo a sus dueños.

Oyéndole aquellas mentiras, Ana se hallaba rabiosa y procuraba no mirarle siquiera. Pero los condes, sin reconocerle, atendían con toda solicitud al simpático militar que se había molestado por atenderles.

El padre le dió su nombre y apellido, aunque ocultando su título nobiliario. Correspondió al archiduque dando también su nombre, Juan, pero agregándole un apellido imaginario... Hallers... No le convenía de ninguna manera que supiesen que era archiduque.

Le pareció a Juan que aquella era una familia distinguida, venida a menos y pasó

una agradable velada con ellos, charlando animadamente con los padres de Ana, pero sin conseguir que ésta desarrugara el duro y hostil ceño.

Se disponía el archiduque a partir cuando el señor de Zirka le dijo cariñosamente:

—La cena es muy modesta, pero nos honrariamos compartiéndola con usted.

Los pies de Ana taconearon ligeramente el suelo. La proposición le había desagradado, cosa que no sucedió al archiduque, quien deseoso de prolongar su estancia en el pisito, se apresuró a responder:

—Acepto... como recompensa por haber traído el perro.

Y aunque el manjar fué sencillo, al archiduque le supieron todos los platos a gloria.

—Es usted una cocinera excelente, Ana.

La joven no le respondió, siguiendo en su plan de ofendida que sólo disimulaba cuando la observaban sus padres.

Tomaron café, y Juan obsequió al señor Ziska con un cigarro habano que éste saboreó recordando los buenos tiempos.

Pasó una hora de sobremesa... Juan se sentó al lado de Ana y comenzó a galan-tearla en voz baja... Y ella callaba, sin poder protestar ahora, pero temiendo que su ira fuese a estallar de un momento a otro.

La madre había ido a la cocina, y el padre, reclinado en una butaca cabeceaba de sueño. De pronto quedó inmóvil, completamente dormido, lo que aprovechó el archiduque para decir a Ana:

—¿No podré conseguir de usted ni siquiera una sonrisa?

—¿Qué pretende de mí? Aunque llegara a amarle, no podría ser su esposa... Sé quien sois... Alteza.

—¿Me conoce?

—Os vi en un retrato... No podéis negar que sois el archiduque Juan.

—Cierto... pero, ¿no sabe usted que para el amor no hay jerarquías?

—Sabe Vuestra Alteza que las hay.

—¡Oh! Yo no quiero más que demostrarla mi amor y que vea satisfechos todos sus deseos... todo lo que usted pueda querer... lo que necesite.



—¿Sean cuáles sean mis deseos?

—¡Sí!

Ana se estremeció. Pasó ante ella la visión del castillo perdido, de la dicha de otros días desvanecida para siempre, de la escasez actual contrastando con un pasado de gloria... ¡Oh, si pudiera volver aquello, aunque sólo fuese un poquito de aquello!

No creyó posible que el archiduque quisiera hacerla su esposa. En aquella corte los miembros de la familia real sólo enlazaban con ramas de idéntica estirpe... Seguramente que aquel joven la deseaba como una de las varias amigas que debía tener para satisfacción de sus caprichos de niño mimado.

Y una idea audaz se clavó en su imaginación. ¿Por qué? ¿Por qué no aliviar la situación de sus padres?

—¿Qué desea Vuestra Alteza de mí? —preguntó.

—Que me amara... aunque fuese sólo un poquito.

—Piense que si para ser su esposa soy poco, para otra cosa soy demasiado.

—Pero, Ana...

Se habían levantado. Hablaban en voz baja en uno de los rincones de la habitación.



—¿Qué desea Vuestra Alteza de mí?

Ana mirándole audazmente le dijo con calma, como tras una reflexión profunda:

—Oígame Vuestra Alteza... Si le sirvo para dar satisfacción a su vanidad, para lucirme, como se luce algo que puede

causar admiración... soy saya... Necesito un poco de lujo, una vida mejor que ésta, incluso para poderla dar mejor a mis padres... Ante los ojos del mundo seré lo que Vuestra Alteza quiera que sea... su amiguita... cosa que ya es bastante y terrible... ¡Pero nada más, nada más!

El archiduque estaba desconcertado ante aquellas manifestaciones.

¿Qué pensar de ello? Naturalmente que no la iba a hacer su esposa... pero ¡ah! aquella extraña proposición de que fuese su amiguita, su amante... sin serlo de verdad...

Sin embargo, movió la cabeza con gesto afirmativo. No importaba. Las cosas comienzan por broma y terminan con un epílogo real. ¡Quién sabe! Otras torres más altas se fueron abajó.

—¡Acepto!—exclamó, encantado.

—¿Me da su palabra de honor?

—¡De honor!

—¡Gracias!... ¡Y ahora, márchese!

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana a las cinco en la esquina de

la Gran Avenida. Allí concretaremos nuestra situación.

—¡No faltaré!

Y sin despedirse de nadie, salió apresuradamente, con la mente un poco cargada por aquella rara proposición de una chiquilla que parecía incapaz de nada malo.

Al parecer necesitaban dinero... ella... y sus padres... Bien, el archiduque lo daría sin tacañería de ningún género... Respetaría a Ana hasta que ésta misma le pidiese su amor, cosa que habría de llegar forzosamente.

Llegó a su palacio. Eran cerca de las doce. Desde las nueve le esperaba pacientemente su profesor quien había tenido que telefonar a la casa de la archiduquesa excusando a su nieto.

Riendo, el archiduque le dio cuenta de su aventura, cosa que mereció un ligero reproche del viejo profesor. Pero desconfiado de no perder la simpatía del elegante muchacho, acabó riéndose y dispuesto a ayudarle en lo que fuera preciso.



\* \* \*

Días después el profesor comentaba con el ayudante de campo de su Alteza, la conducta de éste que se negaba a estudiar permaneciendo casi siempre fuera de casa.

—Esa mujer va a ser la ruina de nuestro Archiduque, ¿no le parece?

—Opino lo mismo. Creo que ha alquilado para ella una bellísima casa. Pero parece ser que la muchacha no es más que una amiga platónica del archiduque aunque las apariencias digan lo contrario.

—¡Qué extraño es todo esto!

Contemplaron un retrato que había sobre la mesita de trabajo del Archiduque y que llevaba una dedicatoria.

—A mí esta cara no me es desconocida —dijo el profesor.

—Pues yo no la recuerdo... al menos de nuestro regimiento.

Mientras tanto, Ana, descosa de rescatar el patrimonio paterno, había aceptado el sacrificio de figurar como amiga del

archiduque. Vivía, pues, en el pisito que éste le había amueblado y para ocultar la verdad había dicho a sus pobres padres que estaba de señorita de compañía con la baronesa de Arnheim. Pero había escrito a ésta renunciando a aquel empleo.

Ana aceptaba todos los regalos de su amigo para luego venderlos. Deseaba ahorrar mucho dinero a fin de poder dar nuevamente a sus padres algo de la vieja situación perdida.

Aquella mañana, el archiduque Juan fué al pisito donde estaba su amiga... Con el transcurso de los días, iba enamorándose cada vez más de la muchacha, que mantenía su resistencia a toda concesión amorosa.

El joven, después de permanecer con ella un buen rato, ciñó su talle y olvidándose de sus promesas, quiso besarla.

Ella le rechazó impetuosamente.

—¡Alteza! Cuidadito... que media una palabra de honor.

—Sí, ya sé que usted es la diosa Fortaleza... pero no pretenda que yo sea el

dios... Pero, Ana, ¿no sabe usted que la quiero?

—No olvide las cláusulas de nuestro contrato, nada más.

—Ojalá llegue el día en que venza su resistencia. Y como prueba de cariño, le regalo este collar.

Y ciñó a su cuello un precioso collar de perlas que hizo brillar de emoción los ojos de Ana...

¡Lo que valdría aquella joya! El dinero que podría ir atesorando...

El archiduque en días sucesivos siguió siendo pródigo en sus regalos. Pero ella siempre seguía invariable, cerrada a toda cesión en el terreno del amor.

Ana enviaba a sus padres dinero y constantes cestas con toda clase de frutas, dulces y vinos. Aseguraba que la baronesa de Arnheim era quien las mandaba en obsequio de los señores condes de Ziska.

Un día mientras saboreaban aquellos manjares, el señor conde dijo a su mujer:

—¿No te parece que deberíamos hacer una visita a la baronesa de Arnheim?

—Verás...

—Lo digo por lo bien que ha acogido a nuestra hija y por lo mucho que está haciendo por nosotros.

—Ya sabes que Ana nos lo ha prohibido. Dice que es una señora muy rara.

Y gracias a las advertencias de Ana, no se descubrió su superchería.

El archiduque, cada vez más enamorado de Ana, se desesperaba, sin embargo, al ver que todo seguía igual, que Ana demostraba una implacable dureza de corazón.

Hacia partícipe de sus inquietudes a su ayudante a quien decía:

—¡Me atormenta! Hay veces que creo que me quiere y después... Oye, Kosting... ¿Tú crees que en estos asuntos hay que respetar también la palabra de honor?

—¡No, no y no!

—Eso mismo es lo que pienso... ¡Ah, esa Ana es una mujer rarísima! Los regalos no hacen mella en ella, pero le entusiasman locamente las joyas.

—¡Paciencia, señor!... Acaso con el tiempo...



Otro día, Ana y el archiduque fueron a una joyería a comprar un "pendentif".

Salieron, sonrientes, cogidos del brazo, subiendo al automóvil que les esperaba frente al establecimiento.

Y quiso el destino que la señora Ziska, la madre de Ana, pasase en aquel momento por allí.

Ana no la vió, pero la anciana en cambio contempló a su hija del brazo de aquel militar que había estado en su casa. Palideció y su dolor fué más intenso, cuando oyó a un transeúnte que, señalando al coche que desaparecía velozmente, decía:

—¡Otra pobre tonta! ¿Si se creerá que Su Alteza se va a casar con ella?

Aquellas palabras fueron como un rayo entrando en el corazón hasta entonces ciego de la viejecita. Todo lo comprendió... ¡Los continuos regalos, la situación espléndida de Ana! ¡Ah, mala hija! ¿Por qué les había engañado de aquel modo? No era de la baronesa de donde salían aquellas dádivas, no era de la labor honrada, sino a costa del honor y de la dignidad de la muchacha.

Y la pobre mujer, sintiéndose casi sin alientos para andar, volvió a su casa, como si de repente hubiese caído una más negra vejez sobre su viejo corazón.

En el comedor encontró a su marido que saboreaba unas copas de vino.

Había en su rostro retratada tal satisfacción, tal felicidad que la madre no quiso turbarla con su doloroso descubrimiento.

—Estoy haciendo los honores a este vino que nos ha mandado Ana...—dijo él.

—Ya... ya...

Y ocultando su pena, se dirigió a su habitación y dejándose caer en una silla, cerró los ojos meditando sobre la tragedia de aquel sublime momento. ¡Su hija, la amiga de un archiduque! ¡Oh, no! ¡Le parecía criminal, inconcebible que aquella muchacha, pura como los lirios de mayo, fuese una pecadora.

Pero... ¿y la realidad... y lo que habían visto sus ojos... y aquellos regalos? ¡Oh, Dios, Dios!... ¿No habría una explicación lógica a todo aquello?

Horas después, Ana, habiéndose despe-

dido del archiduque por quien comenzaba a sentir un poco de amor verdadero, viéndole tan gentil, tan honrado, tan caballero, se dirigió a una tienda a encargarse le cambiasen el "pendentif" de piedras preciosas por una imitación.

Cuando salió, el tendero dijo a una dependienta:

—Según me ha contado esa muchacha son alhajas que le regala no sé quién y que cambia por imitaciones para, con la diferencia de valor, rescatar un viejo castillo.

Ana se dirigió a casa de sus padres. Tenía ya mucho dinero. Creía que algunos meses más tarde podría rescatar la famosa y añorada posesión.

Abrazó a su padre y le comunicó con una deliciosa alegría que pronto volverían a ser ricos. Enterado de su situación la señora baronesa estaba dispuesta a ayudarles.

Ignorante el conde de Ziska de lo que realmente sucedía, dió tales gritos de júbilo que atrajo a la habitación a su mujer, quien entró vacilante con una lividez mor-

tal. Sólo en el rostro dos ojos acusadores y terribles brillaban con una luz dolorosa.

—¿No sabes, María?—le dijo su esposo—. Ana me ha dado una gran noticia. Parece ser que la baronesa enterada de nuestras cuitas quiere ayudarnos a rescatar nuestro patrimonio.

—¿Sí?

Clavó sus pupilas foscas en Ana con tanta indignación que la joven sintió que se le erizaba la piel, comprendiendo que la madre todo lo sabía.

La señora Ziska vaciló sobre sus tacones y pareció que se iba a desvanecer.

Su marido y Ana la llevaron a un butacón, y el padre corrió a la cocina a buscar un frasco de sales.

Entonces la madre pareciendo volver en sí, miró a Ana y le dijo en voz baja y temblorosa:

—¡Te he visto con ese hombre!... ¡Desgraciada!

—¡Mamá, mamá!... ¡Sí!... ¡Le amo... y me ama!—contestó conteniendo sus lágrimas.



—Y todos los regalos son a un precio escandaloso, ¿eh?

—¡No!... ¡Duda de todo, mamá, menos de mí! ¡De nada tengo que avergonzarme! Ya te explicaré.

Y había tanta sinceridad en aquellas palabras, tanta pureza en aquellos ojos que la madre abrazó a Ana y tuvo fe...

Apareció Ziska con el vaso de agua que la vieja tomó, mezclando en él sus lágrimas.

—Pero, ¿qué tienes? ¿Qué te ha pasado?—le preguntó su marido.

—Un vahido... Ahora ya estoy bien... No te preocupes...

Y su mano de venas abultadas acariciaba la cabeza de la hija de su corazón.

\* \* \*

—Cada vez estoy más convencido de que no me ama... de que no me amará nunca—dijo un día el archiduque a su ayudante.

—Una derrota la puede tener el mejor

general... pero, sin embargo, creo en la victoria final.

—¡No sé... no sé!... Te aseguro que no es una de tantas aventuras... que la quiero de verdad.

—Posiblemente será cuestión de estrategia... ¡Habréis equivocado la táctica!... ¡Tal vez en otro ambiente!

—¿Qué opinas tú?

—Déjeme Vuestra Alteza organizar una fiesta a mi capricho... Verá que pronto esa mujercita se ablanda y cae en sus brazos.

—En ti me confío.

Y al cabo de algunas noches se celebró la anunciada fiesta, que era para el archiduque algo así como el último cartucho.

Era una fiesta fastuosa... con muchos caballeros... muchas señoras... y mucho champaña.

El acto tenía lugar en un hotel de no muy buena reputación. Los caballeros eran juerguistas, cazadores de aventuras; las señoras... artistas de cabaret o mariposas que gustan posar sus alas en todas partes,

señoras de superior calidad... y el champaña también de superior calidad...

Al principio y obedeciendo órdenes del archiduque, todos se comportaron bien, como en una sociedad refinada y de buen tono.

Juan había invitado a Ana a la fiesta, asegurándola que se trataba de una reunión del alto mundo. Y en realidad, Ana, viendo la seriedad y corrección de todas aquellas gentes, así lo creía.

—¡Cuánto siento no puedan estar aquí mis padres!—dijo al archiduque—. ¡A ellos les gustan tanto estas fiestas aristocráticas!

Juan se separó de su amada y fué a hablar con su ayudante quien le dijo:

—Bueno, Alteza, creo que ya basta de seriedad... Voy a dar el toque de rompan fuego.

Y a una orden del ayudante, la fiesta adquirió un matiz completamente distinto. Las mujeres comenzaron a bailar y a cantar de modo descomulgado y ordinario. Los caballeros, perdida su corrección, las perseguían deseando besarlas...

El archiduque pensaba que en ese ambiente le sería fácil cazar y conseguir al fin a su adorada Ana. Contagiado por el mismo frenesí, quiso coger a su amada, pero ésta, asustada ante el cariz que tomaban las cosas, escapó, corriendo a uno de los saloncitos reservados.

Juan siguió sus pasos y riendo pretendió abrazar y besar a su amiga oficial.

—¡Oh, apártesel!—rugió ella, exaltada.—Esto es indigno de Vuestra Alteza... y sobre todo de mí.

—¡No sea usted tonta! ¡Deme un besol

Furiosamente la apretó contra sí, pero Ana pudo deshacerse de él y saltó sobre el alféizar de una ventana.

—Si da un paso más, me tiro abajo.

—Pero, Ana...

Pareció reaccionar. Al ver la exaltación de aquella mujer comprendió que Ana era algo superior, infinitamente superior a todas las demás criaturas que estaban en la fiesta... Y sintió vergüenza de haber llevado allí a aquella criatura.

—¡Ana!—le dijo, serenándose—. ¡Per-



dóneme!... Hice todo eso ciego de amor por usted... pero comprendo mi indignidad... ¡Perdóneme!



—¡No sea usted tonta! ¡Deme un beso!

Ella, miedosa, bajó de la ventana.

—Le perdono, pero déjeme partir ahora mismo... Y mañana me iré a casa de mis padres y no volverá Vuestra Alteza a verme más... Ha matado Vuestra Alteza un cariño en flor...

—¿Cariño? ¿Es posible?... ¡Oh, Ana... gracias... gracias por esa confesión!... Yo me haré digno de ese amor... Lo arregla-



—Hice todo eso ciego de amor por usted...

ré todo... Se lo prometo... La quiero tanto, que a pesar de los convencionalismos sociales, me casaré con usted.

—¿Conmigo? ¡Cómo me engaña!

—¿Duda de mis palabras? Claro, lo

merezco. Pero voy a darle por escrito mi compromiso.

Y en el acto en un pliego de papel redactó estas líneas:

*Doy mi palabra de honor de que antes de finalizar el año, la señorita Ana Ziska será mi esposa.*

*El Archiduque Juan*

Una sonrisa de dicha flotó en los labios de Ana, sustituyendo a la cólera de momentos antes.

—¡Gracias... gracias!... ¡Ahora sí que soy feliz! ¡Adiós... hasta mañana!

—¿No quiere usted que la acompañe?

—Déjeme salir sola... Se lo ruego.

Y Ana, con aquel papel entre las manos, y temblando de felicidad ante la idea de poder casarse con el hombre a quien amaba, abandonó por una puerta excusada aquel hotel.

El archiduque llamó a su ayudante y le ordenó que se fuesen todos los invitados.

—Pero... ¿y Ana?

—Me voy a casar con ella.

Y explicóle el compromiso que acababa de contraer formalmente.

El ayudante se acarició el bigote y mo-



—¿No quiere usted que la acompañe?

vió la cabeza con gesto poco satisfecho.

—¡Alteza!... ¡No sé... no sé!... ¡Una promesa de casamiento por escrito es cosa demasiado seria! ¡Podéis veros obligado a cumplirla!



\* \* \*

Al día siguiente, el viejo profesor del archiduque y el ayudante de campo de éste conversaban acerca de una carta recibida por el primero.

—La abuela del archiduque nos cita para esta tarde a Don Juan y a mí—decía el profesor—. Tengo miedo. Dada la seriedad y el tono de la carta, me huele a que la archiduquesa se ha enterado de las trapisondas y aventuras de su nieto.

—Es posible...

—Usted también vendrá, por supuesto.

—Como quiera.

No le hizo al archiduque demasiada gracia la idea de tener que ver a su abuela, la respetable archiduquesa, soberana de aquel pequeño país.

Y antes de marchar escribió a Ana una carta en estos términos:

*Querida Ana: Esta tarde no me esperes. He de ir a ver a mi abuelita. Preveo*

*una escena un poco fuerte, pues sospecho sabe algo.*

*Tuyo siempre,*

*Juan*

Y en compañía de su profesor y del ayudante se dirigió al palacio de la archiduquesa esperando a ésta en el Salón del Trono.

No tardó en aparecer la noble dama que regía los destinos del país. Estaba preocupada no sólo por la conducta de su nieto, sino por la actitud del pueblo, cada vez más enemigo de aquel régimen y con profundos deseos de derrocarlo.

La archiduquesa se sentó en un sillón y paseando su audaz mirada por aquellos tres hombres, la fijó en su nieto y le dijo:

—He de empezar por decirte que lo sé todo...

—Entonces, señora...

—¿Es verdad que has hecho una promesa de casamiento por escrito?

Juan miró a su profesor y éste desvió la vista. ¡Ah, soplón!

—Sí. Amo a esa mujer...

—Pues yo también tengo hecha una

promesa de casamiento para ti... ¡Y la mía será la que se cumpla!

—Pero...

—¡A grandes males, grandes remedios!

Tocó un timbre y apareció un soldado de la escolta...

—¡Que entre Su Alteza la Gran Duquesa Sofía!

Instantes después apareció una muchacha de escasa belleza, que iba rodeada de su corte.

El archiduque estaba indignado. Pero, ¿cómo dar un espectáculo ahora ante la corte en pleno? ¿Cómo decir a aquella pobre muchacha que no se quería casar con ella?

—¡Daos la mano!—gritó la anciana.

Juan, temeroso alargó la suya que Sofía cogió con una timidez de novia.

—¡Ahora daos un beso!

Obedeció Juan, sufriendo dolorosamente. Besó la pálida mejilla y Sofía le correspondió de la misma manera.

—¡Ahora un beso a mí!—siguió diciendo la soberana.

Y una vez hubieron puesto en su arru-

gada piel aquel ósculo de veneración la archiduquesa añadió:

—¡Desde este instante quedáis prometidos!

Juan contempló a su abuela con una mirada implorante... ¿Por qué aquel casamiento obligado? Pero la anciana le dirigió una mirada tan enérgica, tan dominadora, que Juan bajó los ojos avergonzado.

Mas en aquel instante, abrióse violentamente la puerta y apareció Ana.

La hija de los condes de Ziska, sospechando que la archiduquesa se opondría a su boda, acababa de llegar allí, para defender sus derechos al amor.

—Señora—dijo ante el asombro de todos, de un modo particular de Juan que admiraba aquella audacia extraordinaria.—Desearía hablaros de mí y de vuestro nieto... Y perdonad mi brusca entrada... Me urgía veros.

Sospechó la soberana que aquella mujercita era la del compromiso con Juan y deseosa de liquidar definitivamente el asunto, concedió:



- ¡Sea! ¡Dejadnos solas!
- ¿Yo también?—dijo Juan.
- Tú, el primero.
- Todos desaparecieron... Sofía contem-



—¡Dejadnos solas!

plaba con sus ojos de ingenua a su prometido. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Es que peligraba acaso su amor?

Ya frente a frente las dos mujeres, Ana, valientemente, fué la primera en hablar.

—Alteza... ¡Vuestro nieto y yo nos amamos!

—¡Lo sospechaba!

—Vos, señora, diréis que no soy de sangre real... Bien, pero soy noble, soy la hija de los condes de Ziska... Amo a Juan. Y el amor nos hace iguales.

La vieja negó con energía.

—Es usted noble, pero un príncipe sólo se casa con una princesa. entiéndalo bien.

—¡Bah! ¡Eso son convencionalismos pasados de moda! Estamos viendo ejemplos en todas partes... Los que como Vuestra Alteza no se modernizan, caen y pierden el trono.

—¿También en sus labios suena la amenaza de grandes males?

—No es amenaza, Alteza... Es que vos estáis ciega de noble orgullo... como yo lo estoy de amor.

—Sé que tiene usted una promesa de casamiento firmada por el archiduque. ¿Cuánto quiere por ella?...

Ana se indignó.

—Pero, ¿qué piensa de mí Vuestra Alteza? Este papel no tiene precio... Mírelo,

lo hago pedazos... No quiero que Juan me haga su esposa por la fuerza de un compromiso, sino por su libérrima voluntad.

Y rompió en cuatro trozos el documento.

—¡Es usted razonable!—dijo la vieja.—Ahora ya nada la une a Juan... Yo sabré recompensar su acto.

Llamó y aparecieron Juan, Sofía, y los demás palatinos.

—El asunto está arreglado—dijo a su nieto—. Esta señorita ha roto la carta que le firmaste tú.

Juan hizo un movimiento de desolación, de vencimiento. ¿Qué iba a hacer ya para defender su amor si la propia Ana rompía el documento?

Pero Ana, que había ido alejándose hacia la puerta, volvióse de repente y dijo a su amado:

—Juan, si dejáis que me marche sola, nada ni nadie en el mundo nos podrá aproximar de nuevo.

Aquellas palabras hicieron brotar de nuevo el cariño en el alma del archiduque.

—¡Oh, señora!... ¡Abuelita!... ¡Pase lo que pase!...—dijo—. ¡No puedo quedarme aquí! ¡Mi corazón es de Ana!

Y dando el brazo a la adorada condesita salió con ella, mientras la anciana extendía los puños en un feroz gesto de indignación, y Sofía, la pobrecita duquesa desdenada, se echaba a llorar.

\* \* \*

Pasaron algunos días... Ana seguía viviendo en el lujoso pisito. Había dado a su madre la seguridad de que ella se casaría con el archiduque y que entretanto nada dijese a su padre. La buena señora volvía a sentir plena confianza en su hija y la dejaba metida en aquella aventura.

El archiduque Juan permanecía constantemente en casa de Ana. Varias veces, el viejo profesor había querido ponerse en comunicación con él, sin poderlo conseguir. Un criado le impedía terminantemente la entrada.

Un día fué a comunicar a la archidu-



quesa el resultado negativo de sus gestiones.

—He intentado ver a Su Alteza varias veces, pero la puerta tras la que esconden su felicidad está cerrada a piedra y lodo.

—¡Yo iré a verle! ¡Es preciso que sepa mi nieto que esto empieza a resquebrajarse por todas partes!

Y así era la verdad. El pueblo se lanzaba a la revolución. Pedíase en todas partes la abdicación de la archiduquesa. La situación no podía ser más angustiosa para una corte que no se quería modernizar.

—No podrá Vuestra Alteza ver a su nieto.

—¡Vamos! ¡Voy a ver si ante mí se abre o no esta puerta!

Y la anciana señora, acompañada del profesor y del ayuda de cámara del archiduque, se dirigió en coche a casa de Juan.

El criado no se atrevió esta vez a negar la entrada a la soberana y franqueó la puerta.

—¿Dónde está mi nieto?

—En aquella salita, señora—contestó el sirviente.

—¡Aguarden ahí!—dijo la anciana a sus acompañantes.

Y apoyándose en su bastón entró en la estancia donde estaban junto a la ventana los dos novios.

La miraron éstos sorprendidos, con profunda ansiedad, y la anciana dijo a Juan en tono colérico:

—¡Bien, hombre, bien! ¡En esos instantes supremos, tú estás aquí en los brazos de una mujer!

—¿Y en dónde mejor, abuelita?

—¿No sabes que las turbas invaden las calles, que piden que nos marchemos?

Juan se echó a reír.

—No quiero salir a su encuentro. Que lleguen hasta aquí, que quieran quitarme esto, que es mío, y entonces habrá llegado mi hora—añadió abrazando a Ana.

—¿Y eso dices tú, mi nieto, el que lleva mi sangre en las venas?... ¿Y la tradición?

—Para mí es primero el amor que el trono.

Apareció el profesor diciendo que las

turbas serán dueñas de la ciudad e invadirán el palacio de la archiduquesa.

—¿Y ni aun ahora quieres ponerte al



—*Para mí es primero el amor que el trono.*

frente de los leales para salvarme?—añadió la soberana temblando.

Vaciló Juan y Ana, noblemente, le dijo:

—¡Vete, Juan! Tiene razón la archiduquesa. Tu deber está ahora allí. Piensa que defiendes lo tuyo, tu nombre...

—¡Bien!... ¡Voy a luchar... pero sépalo usted, ahue!a, si muero moriré con el nombre de Ana en los labios!



—¿Y ni aun ahora quieres ponerte al frente de los leales para salvarme?

Salió en compañía de los oficiales, y la anciana señora contempló desde la ventana aquella ciudad de la que iban seguramente a echarla.

—¡Todo lo voy a perder, todo!—suspiró—. ¡Me lo dice el corazón!



—¡Animo, señora!—respondió Ana sintiendo piedad por su soberana—. Acaso la presencia de su nieto consiga calmar a las turbas... Y créame Vuestra Alteza, esos aluviones sólo arrastran a los que se obstinan en nadar contra la corriente, pero no a los espíritus abiertos a los aires de renovación. Tal vez Juan logre vencer.

—¿Y si no lo consigue?

—Entonces... a resignarse... En lo humano, no hay más que una fuerza eterna, que un poder incommovible: el amor.

—Es verdad... sólo el amor... Ana, no te vayas, no te vayas de mi lado...

Y Ana permaneció junto a ella toda la noche.

\* \* \*

La presencia del archiduque Juan al frente de las tropas, hizo obtener la victoria a los leales. Don Juan tenía simpatías en el pueblo y éste no quiso luchar contra aquel muchacho moderno y democrata.

Al cabo de algunos días, abdicó la se-

ñora archiduquesa en su nieto que iba a proporcionar al país nuevas tendencias más a tono con las necesidades actuales.

Y el archiduque se casó con Ana, y aquel matrimonio hecho por amor y sin mezcla de interés alguno, acabó por hacer sentir en el alma del pueblo una adhesión cada vez más fervorosa hacia sus nuevos príncipes.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

**PIDA de las selectas**

**Ediciones Especiales de la Novela  
Semanal Cinematográfica**

**LOS HIJOS DE NADIE**

por J. EGA GYS

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barburá, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Artbau, 206 - Teléfono 78087 - Barcelona

# La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica  
asuntos de buen gusto

- Número 1: Puertas cerradas, por Virginia Valli. — Postal-bicolor: JANET GAYNOR
- Número 2: Madre pecadora, por Irene Rich. — Postal-bicolor: CHARLES FARRELL
- Número 3: Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol. — Postal-bicolor: MARY DUNCAN
- Número 4: La Lasa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster. — Postal-bicolor: EDMUND LOWE
- Número 5: La mujer de Satanás, por Marcela Albani y Jack Trevor. — Postal-bicolor: POLA NEGRI
- Número 6: Jimmy, el misterioso, por William Haines y Lella Hyams. — Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER
- Número 7: Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Schanahan, Pat O'Malley y Harry Murray. — Postal-bicolor: JILLET-TE COMPTON
- Número 8: Amanecer, por George O'Brien y Janet Gaynor. — Postal-bicolor: CHARLES MORTON
- Número 9: Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc. — Postal-bicolor: FAY WRAY
- Número 10: Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Anita Stewart, Cedric Belfrage y Francis Ford. — Postal-bicolor: DAVID ROLLINS
- Número 11: En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe. — Postal-bicolor: MARY PICKFORD
- Número 12: Honrarás a tu madre, por Mary Carr. — Postal-bicolor: GARY COOPER
- Número 13: Nobleza natuara, por Ino Alcubierre. — Postal-bicolor: GRETA GARBO



Ediciones BISTAGNE

||| Pasaje de la Paz, 10 bis  
TEL. 15301. - BARCELONA